

Revista Aragonesa de Teología

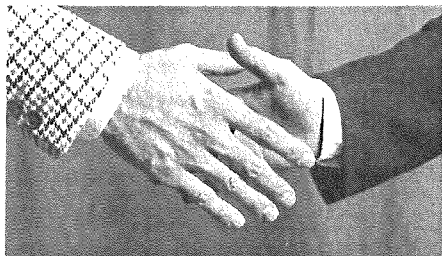
Año III - Nº 6 - 1997

Julio-Diciembre



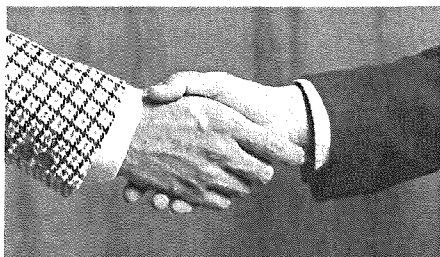
a su lado.

deseamos ofrecerle



el mejor servicio,

el trato más cercano,



el mejor equipo humano.

Siempre a su lado...



... con nuestra mejor sonrisa.

Desde 1905, junto a usted.

CAI CAJA DE AHORROS
DE LA INMACULADA

Aragón es nuestra tierra

**Revista
Aragonesa
de
Teología**

CENTRO REGIONAL
DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS DE ARAGÓN
1 9 9 7

Edita:

C.R.E.T.A.

Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón

Dirección:

José Alegre Aragüés

Comité de Redacción:

Carlos Tartaj Sánchez

Alfonso Ortiz García

Julián Ruiz Martorell

José-María Andreu Celma

Confección y maquetación:

EBROLIBRO

Administración:

C.R.E.T.A.

Condes de Aragón, 32

50009 Zaragoza

Tel. 751134

Impresión:

EDELVIVES

ISSN: 1135-0447

D. Legal: Z-169/95

SUMARIO

	Pág.
EDITORIAL	5
1. <i>Experiencia cristiana en el contexto de las religiones abrahámicas.</i> Xavier Pikaza O. de M.	7
2. <i>Conflicto, diálogo y futuro de la religión en España.</i> Jorge M. Ayala.	27
3. <i>La narración de la historia de José (Gn 37-50)</i> Dr. Agustín del Agua.	37
4. <i>Seguridad y confianza en el Nuevo Testamento.</i> José Ignacio Blanco Berga	49
5. <i>El cristianismo aragonés en la época visigoda.</i> Sandalio Aznar Tello.	57
6. <i>En la torre del trovador.</i> Antonio Mas Arrondo	67
7. <i>La vida de una comunidad benedictina en medio de un lugar de mucha actividad.</i> Comunidad benedictina de Zaragoza	79
8. <i>Los jóvenes rurales. Apuntes para una pastoral entre los jóvenes.</i> Carmelo Pérez Pérez y José Guarc Pérez	85
9. <i>Comentario de libros</i>	95

Aviso a nuestros lectores:

Dé a conocer nuestra Revista.

Suscríbase y domicilie la suscripción.

Envíenos los datos de su entidad bancaria junto con el N.º de su cuenta.

Recuerde que deben ser veinte los dígitos que constituyen el conjunto de los datos bancarios.

Le agradecemos que lo haga así por la facilidad que significa para nosotros el cobro de la suscripción anual.

Nuestra dirección es:

CRETA
C/ Condes de Aragón, 32
50009 Zaragoza

EDITORIAL

Dios sigue siendo una gran palabra en nuestro mundo. Y tras cada gran palabra hay una realidad humana profunda que expresa sentimientos, anhelos, dramas o esperanzas de una humanidad que no puede conformarse con explicaciones tópicas ni con ausencias de sentido que ahondan la sensación de vacío en un cosmos cuyas dimensiones ya le conmueven bastante hasta el punto de hacerle verse como un conjunto insignificante de seres habitando un pequeño rincón del universo, en un planeta llamado Tierra.

Si hay conquistas técnicas y científicas, hay también experiencia de fragilidad como hemos podido vivir este verano especialmente sangriento en nuestras carreteras.

Si hay bienestar y tiempo para admirar y conmoverse con los grandes del mundo y sus pequeñas historias humanas, hay también una parte del corazón humano volcada en la admiración de pequeñas personas, como Teresa de Calcuta, capaces de grandes cosas en nombre de esa palabra inicial: Dios.

El mundo contempla concentraciones masivas en nombre del deporte o de la música pero son mayores las concentraciones en nombre de la paz, recordamos a Miguel Ángel Blanco y la conmoción que produjo su muerte en toda España, o en la convocatoria que el Papa hizo este verano en París y a la que acudieron más de un millón de jóvenes.

El final de este siglo se nos muestra entre la confusión y la búsqueda, lejos de las posturas intransigentes con que comenzó y en las que se ha movido casi todo él hasta provocar las más terribles experiencias de muerte y destrucción.

Es tiempo de cambio y renovación para ofrecer, presentar y asumir lo que más pueda contribuir a construir referencias, sentido y esperanza.

Hablar de Dios en términos humanos y vitales, con palabras y gestos, de manera cercana y comprensible, es una gran función que nos espera.

Experiencia cristiana en el contexto de las religiones abrahámicas

Rev. Aragon. Teol. 6 (1997)

Xavier Pikaza O. de M.

Queremos ofrecer un breve esquema con las notas básicas del cristianismo, estudiado como *religión abrahámica*, es decir, derivada de la común raíz israelita, lo mismo que el judaísmo y el islam. *El judaísmo* es la respuesta *introversionista* de la vieja fe de Abrahán y los profetas; conforme a esa visión, Dios se ha vinculado por siempre a la nación que él ha escogido para revelar por ella su verdad eterna. El *cristianismo*, en cambio, es la respuesta *extroversionista* o universalizadora de la misma experiencia israelita, recreada a partir del mensaje, vida y pascua de Jesús de Nazaret. El Islam es en fin *una expansión* de la misma fe de Abrahán, a quien los musulmanes conciben como padre biológico y espiritual del nuevo pueblo, a través de la revelación completa de Dios a través de Mahoma.

1. Monoteísmo. Dios personal

Judaísmo, Cristianismo e Islam son religiones monoteístas en el sentido estricto de la palabra. En ellas pasa a primer plano la experiencia de un Dios que existe y actúa por sí mismo, como realidad personal. Tres son, a mi entender, sus notas fundantes.

- *Frente al politeísmo: ¡Dios es uno!* Israel reaccionó contra la multiplicidad de figuras divinas que sirven para sacralizar las fuerzas cósmicas. Judaísmo, cristianismo e Islam asumen esa misma herencia monoteísta: la divinidad no se escinde ni multiplica, no se rompe ni disgrega; sólo hay un Dios, un poder sagrado que todo lo funda y dirige con su fuerza. Hay un Dios, hay una *palabra común*: todos podemos dialogar sobre la tierra.
- *Frente al panteísmo: ¡Dios es trascendente!* No se confunde con la naturaleza, ni con la vida interior de los seres personales (el alma, la idea, la vida...). Por eso resulta imposible toda experiencia panteizante de inmersión en lo divino (al estilo oriental). Es Dios quien importa, no la totalidad más o menos difusa de la idea o la sacralidad general del universo. Sólo porque Dios existe y nos desborda (es mayor que todo lo que podemos hacer y pensar, imaginar o desear), tiene sentido y puede realizarse libremente el ser humano.
- *Frente al deísmo: ¡Dios es persona!* Llamamos deísmo a la visión filosófico-religiosa que concibe a Dios como ser «indiferente» que ha puesto en marcha desde arriba (como buen relojero) el reloj de la historia, pero luego, en su verdad más honda, se encuentra separado de la vida humana, desinte-

resado de la historia. Pues bien, en contra de eso, el Dios abrahámico es persona verdadera, alguien que piensa y desea, un ser cuya presencia y acción experimentan con fuerza los creyentes. Esto significa que el ser humano (siendo personal) aparece especialmente vinculado a lo divino.

Hay otras religiones y filosofías que han hablado de un cierto Dios que dirige desde arriba la existencia de los hombres. Pero el único monoteísmo personal y consecuente ha sido (y sigue siendo) el de las religiones abrahámicas.

2. Teofanía. Revelación de Dios

Las religiones cósmicas ponen de relieve la presencia o manifestación de Dios en los fenómenos del mundo, en los procesos de la naturaleza (sol y tormenta, cielo y tierra, procesos y cambios de la vegetación en las diversas estaciones...). *Las místicas*, más propias del oriente, acentúan la inmersión sacral del ser humano: lo divino se despliega en el mismo proceso de interiorización, en la experiencia de liberación mental, en formas que (miradas desde el occidente) tienden a parecer panteístas. *Las proféticas o abrahámicas* ponen de relieve la personalidad de Dios que se revela o manifiesta a través de la palabra dentro de la historia. Desde este fondo queremos distinguir tres formas de manifestación de Dios o de revelación sagrada:

- *La revelación de Dios aparece en las religiones cósmicas como hierofanía.* Quien se desvela no es Dios en sentido personal sino lo sagrado: todo lo que existe en el mundo es o puede ser hierofanía (sol y luna, cielo y tierra, agua y fuego, nacimiento y muerte...); todo es manifestación sacral, es en el fondo religioso.
- *La revelación de Dios toma en oriente un sentido de avatara.* Lo divino se expresa a través de figuras (como *Krisna o Rama, Buda, los Bhodisatvas*...). No es necesario que hayan existido en un tiempo concreto de la historia; más que personas en sentido occidental, ellas son símbolos, figura excelsa de aquello que pudiéramos llamar la hondura sagrada de lo humano.
- *Las religiones proféticas ponen de relieve la teofanía o manifestación histórica del Dios personal.* Lo que por ella se revela no es el sentido sagrado del cosmos, ni el valor profundo del espíritu (de la divinidad que todo lo llena) sino la palabra y acción concreta del Dios que habla a los humanos para enriquecer y transformar su vida.

Estictamente hablando, el cristianismo (con el judaísmo e islam) es una *teofanía profética*: Dios se desvela a través de la palabra de unos hombres que escuchan su voz y la expresan de un modo abierto. Dios mismo se hace *Palabra*: no es poder inconsciente, ni vida desligada de los seres humanos sino un ser personal y así revela su voluntad a través de *los profetas* que son garantes y testigos de esa manifestación de Dios. En el comienzo de la fe cristiana está la experiencia de que Dios *habló por los profetas* (cf. Hebr. 1, 1-3; Credo).

3. Creación. Dios del mundo

Las religiones monoteístas comienzan distinguiendo Dios y mundo y así aceptan, de modos algo distintos pero convergentes, la palabra fundamental de Gén 1,1: *En el principio Dios creó los cielos y la tierra*. Esta distinción tiene dos grandes consecuencias: al no identificarse con el mundo, Dios puede tener autonomía, apareciendo como realidad absoluta; por otra parte, el mundo es ya puramente mundano, es decir, independiente de Dios, o no sagrado.

- *Las religiones de tipo cósmico* tienden a identificar el mundo y lo divino; por eso la grandeza y salvación del ser humano se interpreta como inmersión cósmica, retorno al principio del que procedemos.
- *Las de tipo místico* suelen concebir el mundo como cárcel donde el hombre se encuentra encadenado; por eso, la salvación se interpreta en el fondo como una desmundanización: los seres religiosos deben salir del mundo para alcanzar la verdad interior en lo divino.
- *Las monoteístas* no divinizan ni demonizan (rechazan) el mundo sino que lo conciben como expresión de la voluntad creadora de Dios que lo ha formado a través de su palabra.

Para los creyentes de las religiones monoteístas, la salvación no consiste en adorar el mundo (identificándose con él) ni en rechazarlo (buscando una liberación espiritual, acósmica) sino en aceptarlo como obra de Dios y lugar de realización humana. No somos por tanto esclavos de un mundo divino sino *dueños y señores de un mundo mundano* en el que debemos realizarnos. Siendo dueños somos también administradores y compañeros de camino de un mundo que debemos emplear en la medida en que nos sirva para realizarnos humanamente, conforme a una voluntad superior de Dios. Lugar de prueba y realización, espacio donde los hombres descubren la acción de Dios y pueden madurar como humanos es el mundo.

4. Dios de los humanos. La persona

Las religiones monoteístas abren un espacio para la autonomía del ser humano, partiendo del símbolo fundante de Gén 2 cuando define al *ser humano (varón y mujer) como tierra*. Del polvo del suelo le ha sacado Dios. Al polvo pertenece, por su nacimiento y por su muerte. Pero, al mismo tiempo, el ser humano *aliento de Dios* y por eso su historia está ligada a la misma historia de la manifestación divina.

El ser humano es paradoja: participa del misterio de Dios y es polvo de la tierra. Es *libre* en el sentido radical (religioso) del término: no está determinado por los dioses, ni sometido sin más a la materia; no es producto del acaso, no es momento del eterno retorno de las cosas, pues Dios mismo le ha dado una tarea: realizarse en libertad. Es *individuo*: cada uno (varón o mujer, anciano o joven) tiene valor en sí mismo, es *persona*: cada uno tiene un valor único, insustituible, de tal forma que brota desde Dios de una manera nueva, independiente, como un «absoluto».

Ciertamente, las religiones monoteístas han destacado, como veremos, el carácter comunitario del ser humano: forma parte de un *pueblo* elegido (judíos), de una *iglesia* animada por el Espíritu Santo (cristianos) o de la *umma* o comunidad de los creyentes (musulmanes). Pero ellas saben también que cada ser humano es responsable de sí mismo, de tal forma que puede salvarse o condenarse, es decir, realizarse de manera autónoma o perderse a sí mismo.

- Conforme a la visión de *la transmigración o reencarnaciones* el ser humano carece de individualidad estricta: es un momento de la gran cadena vital. Nadie nace desde sí (desde la nada), nadie muere totalmente, nadie juega o decide su destino en una muerte. Nacer y morir son momentos de un constante pasaje vital, de un camino en el que vamos de un estado de existencia hacia otro estado.
- En contra de eso, *las religiones monoteístas son monoanimistas o personalistas*. Cada individuo ha sido creado por Dios, como ser distinto y autónomo. Cada uno es responsable de su propia vida y debe asumir *su propia muerte*, no para renacer y seguir en la cadena de existencias sino para culminar (salvarse en diálogo con Dios) o destruirse.

Cada ser humano es por tanto un absoluto, imagen y semejanza de Dios (cf Gén 1, 27-28). Hay relaciones humanas (económicas, sociales, espirituales), pero en sentido estricto cada ser humano es único. Se ha dicho a veces, y con razón, que cada humano (varón o mujer) es un *microcosmos*, pero llegando hasta el final el ser humano es un *homoteos*, alguien semejante a Dios. Por eso, ni Dios mismo puede imponerle su criterio.

5. Dios de la historia, historia de pecado

Las religiones monoteístas son *históricas* en el sentido fuerte del término. Ellas conciben al ser humano como alguien que va realizándose, en un proceso humano (espiritual y social) que depende de su propia libertad y de la libertad y vida de los otros. *Esa historia humana no es tragedia*: no estamos condenados a vivir eternamente bajo el dictado de un destino que se impone de forma inexorable por encima de los hombres y los dioses. Somos libres y libremente podemos realizarnos ante Dios, buscando en diálogo con él la verdad de nuestro futuro. *La historia tampoco es comedia*, lugar de olvido y risa donde sólo podemos divertirnos sin pensar en la verdad y dureza, en la opresión de los demás, en el dolor y riesgo de nuestro futuro. *La historia verdadera es drama*, camino de realización personal que nosotros mismos somos; no hacemos un drama: *¡somos drama!*; así lo han entendido los *profetas*, intérpretes supremos de la historia para las religiones monoteístas.

Tanto la tragedia como la comedia resultan en el fondo fatalistas: todo lo que hagamos se hallaría trazado de antemano. Por el contrario, el *drama bíblico* (o *coránico*) nos lleva al lugar de la responsabilidad personal y comunitaria. No estamos culminados: no se ha dicho nuestra última palabra. Tenemos que decirla nosotros y la dice con nosotros (en diálogo de creación compartida) el mismo Dios que nos hace responsables sobre el mundo.

Desde ese fondo destacamos eso que pudiéramos llamar la *comunidad histórica* del ser humano. *Los orientales (hindúes, budistas)* han acentuado la vinculación «espiritual» de los humanos a través del proceso de las reencarnaciones. Para los monoteístas no existe reencarnación: cada persona es de algún modo un absoluto, principio y fin de sí misma. Sin embargo, el estado actual del conjunto de la humanidad y de sus diferentes grupos depende de aquello que han hecho (que han sido) los predecesores. Así lo ha mostrado de forma ejemplar la historia (simbólica y real) de la caída primera (cf. Gén 2-3) que los musulmanes y cristianos han recreado de formas diversas.

- *Judíos y musulmanes* interpretan la *caída original* como signo de un pecado que se sigue repitiendo a lo largo de la historia: lo que ha pasado en Adán se sigue repitiendo en cada uno de los hombres; por eso, el pecado de Adán no se entiende como principio y causa de ruina para el conjunto de la humanidad.
- *Para los cristianos*, la visión del pecado original está vinculada a la forma de entender la redención: si Jesús no hubiera muerto por los humanos todos ellos seguirían condenados a la angustia y a la muerte, a la violencia y a la condena: *Adán* es signo y compendio de la fuerza comunal (compartida) de un pecado que se extiende al conjunto de la humanidad; *Cristo* es signo y fuente de la salvación.

Al situar el pecado de la humanidad (Adán) al trasluz de la redención de Jesús, Hijo de Dios, los cristianos tienden a acentuar su importancia. Pero, mirando las cosas a mayor profundidad, todos aceptan una especie de *pecado original* con estos elementos. 1) *La historia humana incluye un momento de caída*: somos de algún modo responsables de nuestra situación de dolor; no podemos descargar nuestra conciencia y echar la culpa a Dios, haciéndole responsable de nuestras opresiones (en contra de lo que está en el fondo de casi todos los mitos y visiones religiosas orientales). 2) *El pecado es una realidad comunitaria*: cada ser humano, siendo individuo distinto, está implicado en un camino histórico de caída humana.

Vivimos dentro de una historia compartida; somos herederos de un camino que desde el principio se encuentra amenazado por la destrucción (pecado) y abierto a la esperanza de la culminación escatológica. En este sentido las religiones monoteístas son *religiones de la historia*, pues en ella se pervierten los humanos (tienden a destruirse en gesto de violencia) y en ella se revela Dios como salvador a través de los profetas. Frente a las *religiones cósmicas* que ven al ser humano como un ser del cosmos (en proceso de nacer, morir, renacer) y frente a las *religiones místicas* (que definen al hombre como ser que tiene que liberarse del eterno retorno de la naturaleza en clave de ascenso espiritual), *judíos, cristianos y musulmanes* creen que Dios se revela de forma especial en el proceso histórico de realización y esperanza de los hombres.

6. Dios de profetas, profetas de Dios

Magos y sacerdotes son los personajes sagrados de las *religiones cósmicas*. Ellos conciben a Dios como un poder que es necesario dirigir para ponerlo al servi-

cio de los hombres (magos) o como una fuerza que es preciso aplacar a través de los sacrificios (sacerdotes). *Los místicos* son testigos de las *religiones de la interioridad*: ellos cultivan la apertura sacral del espíritu (alma interior) que se libera del mundo y penetra (o asciende) en gesto de concentración recreadora hacia las fuentes de la propia realidad (al espíritu divino). *Los sabios*, vinculados de forma especial a la historia de Grecia, no son estrictamente creadores religiosos, pero acentúan eso que pudiéramos llamar *la religiosidad del conocimiento*; su camino desemboca en las varias formas de racionalismo y cientificismo religioso (o pseudorreligioso) de la historia moderna de occidente, por lo menos desde el siglo XVIII d. de C. hasta el presente.

Frente a magos, sacerdotes, místicos y sabios, las *religiones monoteístas* han destacado la figura y función de los profetas. Ciertamente, Israel tuvo sacerdotes, pero ellos desaparecen tras el 70 d. de C., de manera que como representantes de *la religión judía* han quedado sólo los profetas (condensados en Moisés, el primero de todos) y los rabinos que tematizan y aplican su palabra. *El cristianismo* no han tenido nunca sacerdotes verdaderos, en el sentido que la historia de las religiones ha dado a ese término; sólo por ampliación y adaptación alegórica ha podido decir y ha dicho la Carta a los Hebreos que Cristo es el Sacerdote de la Nueva Alianza; los ministros de la obra de Jesús en la Iglesia no son sacerdotes sino en un sentido simbólico que sería mejor no emplear; ellos son enviados (apóstoles) servidores y ancianos de las comunidades (diáconos, presbíteros) y animadores/vigilantes (obispos). Finalmente, *el Islam* nunca ha tenido sacerdotes.

Pero eso decimos que *las tres religiones monoteístas son proféticas* y no sacerdotales ni místicas (ni puramente sapienciales). Ellas han surgido gracias a la visión profunda y a la palabra creadora de unos hombres que han sabido descubrir la voluntad de Dios y la han expuesto y propagado (promulgado) en medio de la historia. Ciertamente, los profetas cobran en cada religión rasgos distintos, encarnados en Moisés, Jesús y Mahoma). Pero hay algo que es común a todos ellos: *El profeta es alguien que sabe escuchar la palabra de Dios*. No es un chamán (extático), ni un contemplativo interior (místico), ni sacrificador (sacerdote) sino alguien que, en el centro de este mundo, descubre y discierne la voluntad de Dios. *Siendo oyente de la Palabra, el profeta es un ser comprometido en la tarea social*: ha descubierto la voluntad de Dios y quiere que se cumpla: por eso denuncia los males de la sociedad y anuncia el juicio de Dios.

Históricamente, los profetas israelitas, auténticos creadores del monoteísmo abrahámico, surgieron en los siglos VIII al V a. de C. Pero después su figura se proyectó hacia el principio de la historia religiosa, de manera que Samuel y Moisés, Abraham y el mismo Noé o Adán, aparecen como profetas (hombres de Dios) en la religión judía, cristiana y musulmana. *Teológicamente, cada una de las religiones ha destacado a su «fundador»* (Moisés, Jesús, Mahoma) como el profeta definitivo que proclama la palabra de Dios para el transcurso de la historia. Ellos son los transmisores *de la palabra de Dios en la historia*: no sacralizan el mundo que ahora existe ni aplacan a Dios por los pecados, ni se evaden hacia el reino de la interioridad (como los místicos) sino que expresan la voluntad de Dios dentro de esa historia, haciendo así posible su transformación.

7. Jesús, el profeta definitivo

Todos los monoteístas admiten una sucesión sacral de hombres de Dios, de auténticos profetas. Pero después cada grupo la interpreta de forma distinta.

- Para los *judíos*, conforme a la tradición codificada por la Misná, el verdadero y gran profeta fue Moisés a quien Dios reveló en la montaña del Sinaí todos sus secretos salvadores, la Ley, transmitidos por la Escritura y por la tradición de los maestros que ha sido fijada por la Misná.
- Para los *cristianos* siguen siendo importantes los profetas de Israel (incluido Moisés). Pero ellos aparecen como anuncio y preparación de Jesús, a quien confiesan como el Cristo (es decir, el Mesías definitivo, el salvador del mundo). Los profetas precedentes pertenecen al *Antiguo Testamento* y transmiten una palabra que ha sido asumida, culminada y de alguna forma abrogada por Jesús, que es *el profeta final* que ofrece el *Nuevo y definitivo Testamento* de Dios para los humanos. La religión de Israel es como una preparación para la de Cristo.
- *Mahoma* piensa que todos los profetas han dicho lo mismo; no hay, por tanto, avance entre Abrahám, Moisés, Cristo y Mahoma. Siendo verdadero, el mensaje de los profetas anteriores ha quedado oscurecido (no se ha entendido bien) o se ha manipulado en tiempos posteriores, pues no ha sido escrito y conservado al pie de la letra. Por eso ha sido necesaria la venida de Mahoma a quien él mismo presenta en su Corán como *culminación y cierre (sello) de la profecía*, es decir, como el profeta donde han alcanzado su plena verdad y se han cumplido todos los mensajes anteriores, apareciendo ya con claridad y para siempre.

En un sentido los tres grandes profetas (Moisés, Jesús, Mahoma), en cuanto distintos de los sabios de Grecia o de los místicos de oriente, tienen muchas cosas en común. Pero luego debemos distinguirlos a ellos y a sus seguidores, mostrando cómo, a partir de su palabra, han surgido distintas religiones.

- Los *judíos* han puesto la Ley de Moisés (*entendida como profecía*) en el principio de las manifestaciones de Dios. Los profetas posteriores (Isaías y Jeremías, Ezequiel y hasta Daniel...) están incluidos en ella. En algún sentido se puede afirmar que para los judíos la historia se ha parado de algún modo en Moisés: Dios lo ha dicho todo al revelar su Nombre (Yahvé) en el fuego de la zarza ardiente (Éx 3,14). Por eso, Moisés aparece para ellos como *hombre del misterio* (descubre el fuego de Dios, escucha su Nombre), *legislador* (ofrece al pueblo la ley Eterna de Dios) y *liberador* (saca a los hebreos de Egipto). Pero en el principio de todo, Moisés es *el Profeta*: aquel que ha recibido la revelación integral del misterio. Después de Moisés ya no existe nueva revelación: tanto la Escritura como la tradición (recogida en Misná y Talmud) se limitan a recopilar y expresar la misma y única Ley eterna que Moisés recibió en el Sinaí (cf. Abot 1,1). No hay para el judaísmo dos Testamentos o Escrituras de Dios (como en el cristianismo) sino dos formas

(una escrita y otra oral) de expresarse la misma palabra que Dios dijo a Moisés para siempre. Por eso, él no es un profeta sino *el Profeta*.

- *Los cristianos en cambio han destacado una historia profética en línea de promesa y cumplimiento.* Ciertamente, veneran a Moisés, pero no le absolutizan. Más aún, en vez de mirar a los profetas posteriores a la luz de Moisés, ellos entienden a Moisés desde los posteriores (Isaías, Jeremías...). mirados de un modo unitario como precursores de Jesús. La palabra de Moisés y los profetas es un Testamento Primero (Antiguo), un anuncio de aquello que después ha venido a culminar y recibir sentido pleno en Cristo (que es el segundo y definitivo Testamento de Dios). Entre los dos testamentos (profetas antiguos y Jesús) existe una continuidad y una ruptura. Lo antiguo debe cumplirse y terminar, para que llegue lo nuevo. Por eso los cristianos han conservado la Escritura israelita como verdadera palabra de Dios, pero la han entendido como Antiguo Testamento de aquello que ha venido a realizarse en Cristo. Moisés era legislador y liberador más que profeta. Pues bien, siendo también un (el) profeta, Jesús aparece para los cristianos como *el Mesías (el Cristo)* y *el Hijo de Dios*. Más que profeta, Jesús es ahora Salvador, es *nueva creación*, el Hijo de humanos, ser humano universal que desborda los límites del judaísmo y de su ley israelita, para presentarse como signo pleno de Dios (Hijo) para todos los humanos. Lógicamente, Jesús no se detiene en el nombre particular del Dios israelita (Yahvé) sino que le presenta como *Padre* de todos los humanos.
- *Los musulmanes finalmente piensan que la profecía ha sido siempre la misma,* aunque sólo con Mahoma ha logrado expresarse para siempre de manera sencilla y segura, en forma de mensaje abierto (a través de los creyentes árabes) a todos los humanos, sin distinción de razas o culturas. El contenido del mensaje profético ha sido siempre igual, desde Adán hasta Jesús, pero los receptores no han sabido conservarlo limpio, lo han mezclado con otras palabras que no vienen de Dios, lo han adulterado. Por eso ha sido necesario que se exprese la auténtica profecía de un modo claro y preciso, de un modo condensado y fuerte, a través del pueblo árabe. El contenido del mensaje de Dios en Mahoma es muy simple: incluye *la fe en las Escrituras* (todas las antiguas están contenidas en su único Corán) y *en los profetas* (enviados de Dios, que culminan en Mahoma), con los *ángeles* que son signo del misterio de Dios. La vida del musulmán según Mahoma se centra en *la oración* (confesión del único Dios) y en *la limosna* (como expresión concreta de justicia y solidaridad humana). Al presentar su fe de esta manera, Mahoma no quiere decir nada nuevo sino mantener aquello que se ha ido proclamando siempre.

8. Religión del libro

Las religiones monoteístas se encuentran vinculadas a la expresión escrita (al Libro). Así aparecen como *religiones de la palabra*: conciben la presencia de Dios en forma de relato, de mandato o ley que se puede codificar en un discurso mediado en forma cultural (en un escrito). La misma religión queda vinculada a la historia literaria de un pueblo, de una determinada comunidad o de una persona que fija sus expe-

riencias en un escrito que después aparece como normativo (clásico o canónico). De esa forma tienden a convertirse en *religiones canónicas*, es decir, fijadas para siempre: suponen que ha llegado el tiempo culminante de la historia y que se puede codificar para siempre la experiencia religiosa de una persona o de un pueblo, presentándola como normativa para los demás. Pero debemos recordar que el Libro cumple una función distinta en cada uno de los casos.

- La religión de Israel se convierte en *judaísmo* en la medida en que va codificando su experiencia en forma de Libro, desde la vuelta del exilio (tras el 539 a. de C.) hasta el establecimiento de la comunidad rabinica (tras el 70 d. de C.). Debemos añadir, sin embargo, que el judaísmo definitivo, de tipo misnáico, destaca más la Ley que el Libro. Lo que importa es la única Ley, transmitida de una forma doble: por el *Libro* (sobre todo el Pentateuco) y la *Tradición oral* (codificada por la Misna). Estrictamente hablando, el judaísmo no se puede definir como religión del libro sino como religión de ley (presente en libro y tradición oral) y religión del pueblo (está fundada en la identidad del pueblo como expresión de una llamada y elección de Dios).
- El *cristianismo* empieza siendo religión del libro en sentido israelita: el texto sagrado de Jesús y sus primeros seguidores fué la Biblia hebrea, o su traducción aramea (Targum) y griega (LXX). Pero ese libro ha sido luego actualizado e interpretado desde la experiencia mesiánica de Jesús. Sólo en un momento posterior, los cristianos han añadido su libro propio (NT) al libro anterior de Israel (AT); de esa forma ponen a Jesús y al NT en el lugar en que los judíos situaban al pueblo y a su tradición oral (a la Misna). Hay, sin embargo, una gran diferencia: *los judíos* ven las dos realidades (Biblia y Tradición del pueblo) en forma paralela, como expresiones de una e idéntica verdad; por el contrario, *los cristianos* interpretan la vida/pascua de Jesús (su NT) como culminación y plenitud del antiguo, de tal forma que los dos no se encuentran ya al mismo nivel sino que uno (AT) lleva al otro (NT) para cumplir allí y cumplirse, recibiendo su auténtico sentido.
- Tampoco *los musulmanes* han empezado con un libro sino con una Recitación, con el mensaje de Mahoma interpretado como revelación total de la verdad eterna de los profetas anteriores (especialmente de Moisés y de Jesucristo). Esa *Recitación* (que eso significa Corán) es básicamente la obra de un hombre: Mahoma. La Biblia hebrea refleja mil años de historia, con textos de muchos autores, escritos en diversas formas literarias. La Biblia cristiana del NT es obra de tres generaciones de creyentes y escritores. Por el contrario, el Corán es texto de un solo hombre, un conjunto de poemas proclamados por Mahoma a lo largo de unos 20 años, para ser recopilados por sus discípulos inmediatos. Sólo tras la muerte de Mahoma lo que es Corán como libro recitado se convierte en Libro Escrito.

9. Esencia de la religión

El Judaísmo es religión de Ley y Pueblo. Es importante para los judíos la transcendencia de Dios, la historia de su revelación y el Libro santo; pero en sentido es-

tricto, el judaísmo se define como religión de Ley (de un tipo de vida que Dios mismo ha revelado para los elegidos de su pueblo) y Pueblo Santo, es decir, de una nación que debe conservar y cultivar su propia identidad para así ofrecer signo de Dios a todas las restantes naciones de la tierra.

El cristianismo es religión de la Encarnación mesiánica. Los cristianos aceptan los rasgos antes indicados, pero los reinterpretan en forma teológica y antropológica. En el principio de todo, en lugar donde estaba la Ley, encuentran ellos al mismo Hijo de Dios. En ese aspecto, en el principio de su fe se encuentra (al menos implícitamente) la confesión trinitaria. Lógicamente, más que de una revelación del Libro, ellos hablan de una encarnación del Hijo de Dios en la vida y pascua de Jesús que aparece ahora como principio y cabeza del nuevo pueblo de Dios que supera el límite judío y se abre de forma misionera a todas las naciones de la tierra, en gesto de humanidad reconciliada, mesiánica.

Sólo el Islam acaba siendo, a mi entender, la religión profética por excelencia: Dios se manifiesta a través de la palabra de Mahoma, formando una comunidad abierta a todos los humanos, en gesto de fuerte sumisión a la voluntad de Dios. No hay pueblo escogido, en el sentido judío del término, ni encarnación de Dios en el sentido cristiano. Hay una revelación profética abierta por Mahoma a todos los pueblos de la tierra; ella suscita el Islam, término emparentado con salam/salom que significa, al mismo tiempo, sumisión (a la voluntad de Dios) y pacificación (culminación de la historia, reconciliación entre los humanos).

En la base común de esas religiones se sitúa la fe, es decir, la actitud de acogimiento y escucha reverente de la voluntad y palabra de Dios. Por eso, los miembros de las religiones monoteístas son por antonomasia *los creyentes*, es decir, aquellos que han acogido y cultivan una revelación que el mismo Dios les ha ofrecido por su gracia. Todos ponen de relieve el aspecto gratuito de la experiencia religiosa. Pues bien, dicho esto, podemos y debemos resaltar algunas diferencias de matiz que son muy significativas.

- *Los judíos ponen de relieve el cumplimiento de la ley.* Es evidente que a su juicio la ley es gracia, don de Dios; de esa forma la interpretan como revelación de un misterio que les sobrepasa, regalo sagrado y salvador que Dios mismo ha querido ofrecerles por su gracia. Pero, al mismo tiempo, ellos se sienten llamados (en algún sentido, obligados) a cumplir esa ley, con sus elementos personales (pureza interior, entrega vital) y nacionales (normas de integración social: circuncisión, leyes de cohesión grupal, normas sobre la oración, matrimonio endogámico, comida especial, etc). Esto es un judío: alguien que se sabe vinculado a un pueblo elegido, con una ley religiosa especial, que por gracia de Dios es capaz de cumplir. *Cumplidores de la ley*, eso es lo que son los israelitas piadosos.
- *Los cristianos destacan la experiencia de la gracia.* Pasa a un segundo plano el tema de una ley social propia de un determinado grupo; pierde su sentido la pertenencia a un pueblo en el sentido nacional y cultural del término. Se sitúa en primer plano el descubrimiento de la gratuidad universal: el don de Dios en Cristo, la certeza de que el mismo Hijo de Dios ha muerto por

los hombres, para liberarles de la opresión del pecado y de la muerte. Esto es un cristiano: alguien que se siente redimido, perdonado, amado por el mismo Dios en Cristo; no le define el cumplimiento social de una ley sagrada, ni la pertenencia nacional sino la experiencia mesiánica de liberación abierta a todos los pueblos de la tierra. Testigos de la gracia universal, eso son (han de ser) los cristianos.

- *Los musulmanes acentúan el aspecto de sometimiento.* Más que alguien que cumple (judío) o que agradece y expresa en forma misionera la liberación ya realizada (cristiano), el musulmán es alguien que acepta la voluntad de Dios, tal como se expresa a través de la palabra de Mahoma (del Corán), para ajustar su vida a ella. No es la multitud de preceptos especiales que deben cumplirse lo que define al musulmán (en contra de lo que sucede en el judaísmo). Los preceptos son simples, el cumplimiento material es muy sencillo (cuatro o cinco leyes básicas). Lo que importa es la actitud profunda de sometimiento ante el poder de Dios que se ha manifestado de forma poderosa. Por eso, musulmán es aquel que se somete a la voluntad de Dios, poniendo la entrega de su vida por encima de toda demostración o razonamiento.

10. Confesión de fe. El credo

Los fieles monoteístas son creyentes *confesionales*: no se limitan a creer sino que declaran su fe de forma pública. Su confesión *sirve para definir la forma de entender a Dios* (tiene un carácter teológico) y *para delimitar de manera social a los creyentes*, uniéndolos entre sí y separándolos de los restantes grupos religiosos. Estrictamente hablando, sólo estas religiones piden a sus fieles una confesión *ortodoxa*, normativa, de la propia fe.

- *Los judíos* han centrado la confesión de fe en el *Shemá: Escucha Israel, Yahvé nuestro Dios es un Dios único, amarás a Yahvé tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas tus fuerzas* (Dt 6,4-5). Al judío se le pide que acoja la revelación de Yahvé como *nuestro* (Dios del pueblo israelita). Este es el centro de la confesión: *hay un solo Dios que es Yahvé*, frente a todas las restantes figuras religiosas que son sólo dioses mentirosos, ídolos; y *hay un pueblo de Dios que es Israel*, grupo elegido entre todos los restantes pueblos para confesar la verdad del único Dios verdadero. Por eso se le pide a cada israelita que responda: *Amarás a Yahvé, tu Dios, con corazón, alma y fuerzas*. De esa forma, la confesión de fe se convierte en compromiso de cumplimiento práctico de la ley de ese Dios. Esto es un judío: alguien que asume la historia de Israel y cumple la ley, escuchando a Yahvé como Dios del pueblo.
- *Los cristianos* acogen a Jesús como enviado de Dios (*¡el Cristo!*) y amplían o profundizan su fe de un modo trinitario: *¡Creo en Dios Padre, creo en Jesucristo su Hijo y creo en el Espíritu Santo!* Son cristianos los que descubren a Dios como Padre, los que aceptan su manifestación plena en el Cristo (su Hijo) y los que creen en su Espíritu, es decir, en el poder transformante de la vida pascual

de Jesús y de su presencia salvadora (divina) entre los hombres. En un sentido estricto, esta confesión tiene un carácter *más teológico*: no está centrada en el pueblo que debe responder a Dios (*¡escucha, amarás...!*) sino en el Dios que es misterio en sí mismo (trinidad) y que se manifiesta como salvador universal (por la encarnación y la efusión del Espíritu Santo). Pero esta fe resulta inseparable de la aceptación del don de Cristo por medio de la Iglesia: sólo es creyente verdadero el que asume el camino eclesial de la comunión católica (es decir, de la vinculación gratuita y salvadora de todos los humanos).

- *Los musulmanes* universalizan y simplifican de algún modo la confesión de fe judía en su *Sahada* o credo básico: *Atestiguo que no hay dios fuera de Allah y Mahoma es el profeta (enviado) de Allah*. Esta palabra no se encuentra al pie de la letra en el Corán, pero ella condensa toda su enseñanza. En ella se contienen las dos verdades fundamentales: *la Unicidad de Dios* (considerado como Señor universal) y su *revelación definitiva* (por medio de Mahoma). Esta *Sahada* o confesión, proclamada en árabe desde todos los minaretes del mundo y repetida sin cesar por todos los creyentes, resume la fe musulmana. Ella sola basta para expresar la sumisión religiosa, para expresar que un hombre (o mujer) es musulmán (pues no hay en el Islam rito de iniciación como la circuncisión judía o el bautismo cristiano). Dios ya no tiene un nombre especial (como el Yahvé de los israelitas); tampoco aparece vinculado de forma intradivina (trinitaria) a su mesías o revelador (como el Padre de Jesús para los cristianos). Dios es simplemente Dios y por eso su nombre se puede traducir a toda lengua (el nombre de *Allah* no lleva en sí ningún misterio; es sólo la forma árabe de decir Dios). Ese Dios no se vincula con un pueblo especial (como en el judaísmo), ni con un Hijo intradivino (como en los cristianos). Pero debemos añadir que, siendo trascendente, Dios habla (revela su Corán/Libro eterno) a su profeta o enviado que es Mahoma. Esto es confesar la fe para un musulmán: someterse a Dios y aceptar su manifestación por medio de Mahoma.

Para el *judaísmo* es determinante la vinculación entre el propio Dios (Yahvé) y su pueblo histórico (mesiánico): por eso van unidas la confesión de fe y la pertenencia al pueblo escogido. El *cristianismo* ha extendido la confesión de fe: son creyentes aquellos que por Jesús han penetrado en el misterio de Dios, viéndole como Padre, Hijo y Espíritu Santo; por eso, el credo cristiano resulta el más extenso, se encuentra más elaborado, incluyendo tres partes o elementos: *una más teológica* (¡creo en Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo!), *otra más cristológica* (cuenta la vida de Jesús: nació, murió, resucitó) y *otra finalmente más antropológica* (incluye el compromiso creyente de comunión universal). Los *musulmanes* han condensado la fe de una forma profética y universal: confiesan a Dios, presentándole como Allah, el único ser divino; pero, al mismo tiempo, afirman que ese Dios se ha manifestado para todos los hombres por Mahoma; no basta con decir que hay Dios; hay que afirmar dónde se ha revelado, cómo ha expresado su voluntad salvadora (su Corán o Libro): ¡por medio de Mahoma, su profeta!

11. Visión de Dios. Teología básica

Judíos, cristianos y musulmanes parten de una experiencia común: *¡Dios es un misterio, pero nosotros podemos y debemos hablar de El y confesarle!* Por eso, cada uno a su manera, han cultivado un diálogo fecundo con el pensamiento filosófico de su entorno, es decir, con la herencia intelectual de Grecia. Saben que Dios es supraracional y que la teología es ante todo un *conocimiento negativo* (¡se conoce de Dios *lo que no es*, no *lo que es!*). Pero en el fondo de esa negación ellas han visto una afirmación muy honda: *¡Podemos hablar de Dios!*

- *La teología del judaísmo* ha vinculado *ley cósmica* (revelación de Dios en el mundo) y *ley nacional* (revelación religiosa de Dios en Israel). Afirma, por un lado, que Dios es trascendente y nadie puede conocerle; todo intento de fijar sus propiedades se convierte en idolatría. Pero, al mismo tiempo, confiesa que Dios se ha expresado de algún modo por signos de este cosmos (cf.- Sab 13,1-9) y añade sobre todo que se ha vuelto muy cercano al revelar su propia Ley a los israelitas, de manera que ellos descubren y cultivan su presencia de un modo muy concreto: acogiendo y cumpliendo sus mandatos.
- *La teología cristiana* ha vinculado *ley cósmica* y *gracia de Cristo*. A través de la Pascua de Jesús, los cristianos se han atrevido a penetrar en el interior de Dios, descubriendo allí a la persona de Cristo, que es Hijo divino. Para ellos, la ley pierde su carácter de norma impersonal, de imposición exterior o posible legalismo y se transforma en la más honda verdad de una persona (que es Jesús, el Hijo). Eso les lleva a elaborar una teología trinitaria, tanto en *clave immanente* (Trinidad en sí) como económica (Dios se manifiesta como Padre por medio de Jesús, en el Espíritu). Ellos han elaborado una teología immanente o intradivina, diciendo que Dios es fuente de amor (como Padre), que es amor recibido, engendrado (como Hijo) y que es, en fin, amor compartido y pleno (Espíritu Santo). Al mismo tiempo, ellos han descubierto que ese Dios trinitario se expresa en la obra de la creación y salvación: así dicen que el Padre ha creado y centrado todas las cosas en el Hijo (que es Cristo), para culminarlas en el Espíritu Santo (es decir, en el camino y plenitud del amor). Eso significa que la «ley de este mundo» (el sentido del cosmos) viene a expresarse y encuentra su sentido en la vida, muerte y pascua de Jesús.
- *La teología del Islam* une *ley cósmica* y *voluntad de Dios*. En un primer momento pudiera parecer que el Islam nos pone en brazos del irracionalismo o, mejor dicho, del fatalismo de una voluntad de Dios que planea por encima de los hombres, sin dejarles espacio de libertad (habría una especie de predestinación universal) y sin permitirles el acceso claro al pensamiento (Dios lo ha resuelto todo, nada podemos aclarar nosotros). Pero, manteniendo en el fondo algo de eso, el Islam ha desarrollado uno de los diálogos religiosos más fecundos con el pensamiento filosófico, expresado por la tradición de los maestros griegos. *No hay para el Islam teología intradivina*: no hay especulación sobre el interior de Dios, pues Dios sigue siendo un misterio; ha revelado su Libro/Palabra en el Corán, pero su esencia sigue estando escondida, de tal forma que resulta imposible una afirmación como la

del *homoousios* cristiano. Para el Islam la esencia de Dios sigue siendo siempre misteriosa, incognoscible (a pesar de que ha atraído y sigue atrayendo la mirada y deseo de todos los místicos, especialmente sufíes).

En cierto sentido, *judíos y musulmanes* se sienten vinculados, tanto en la visión del Dios trascendente (no trinitario), como en la visión de su revelación (por la ley de Moisés, por la profecía de Mahoma). Esta vinculación es tan honda que algunos llegan a sostener que judaísmo e islam son variantes de una misma religión de fondo: dicen unos que el islam es herejía (simplificadora, universalizadora) del judaísmo; añaden otros que el judaísmo es una herejía (concretización nacional, con hipertrofia de leyes particularizadas) del islam eterno. Les une la visión de Dios y el mundo; les separa la forma de aplicar la ley de Dios y sobre todo la manera de organizar e interpretar el pueblo.

Por el contrario, *el cristianismo* ofrece una fuerte novedad. No es una simple variante sino una verdadera mutación, tanto en el plano de la inmanencia de Dios como en el de su revelación o economía salvadora. Es normal que judíos y musulmanes rechacen la Trinidad, viendo en ella una especie de recaída en el politeísmo pagano. Lógicamente, ellos rechazan también la encarnación: piensan que se ha revelado, pero no ha entrado de verdad en el mundo, no se ha identificado con la persona y obra de Jesús de Nazaret.

En ese sentido, *Judíos y musulmanes parecen más humildes*: piensan que Dios está arriba, que no ha entrado en el mundo de verdad, que nunca podemos conocerle del todo. Por el contrario, *los cristianos se atreven a definir a Dios como Trinidad*, arriesgándose a penetrar en su misterio, afirmando que en el origen y base de todo está el amor del Padre y del Hijo en el Espíritu. Sabiendo que Dios es Trinidad (comunión de amor mutuo), los cristianos añaden que ese Dios se ha encarnado en medio de la historia, por medio de Jesús de Nazaret.

12. Pueblo de Dios

El Dios judío es Dios del verdadero pueblo (*el 'Am Israel*), separado y distinto de todos los restantes grupos humanos que reciben el nombre de gentiles (*goyyim*). Como hemos dicho ya, Dios es trascendente, pero se ha vinculado con su propio «*Am*», su pueblo especial, donde ha venido a revelarse. Por eso, en realidad, el verdadero conocimiento de Dios se identifica con la pertenencia y cumplimiento de las normas de vida de ese pueblo, aunque los judíos han sabido desde siempre que su elección nacional está al servicio de la universalidad humana: por eso, ellos deben mantenerse fieles como grupo, a fin de ofrecer al resto de la humanidad el testimonio de la revelación divina que un día ha de expandirse a todo el mundo (en clave escatológica).

El Dios cristiano es internamente universal... pero está ligado a una *Ekklesia*, es decir, a un grupo de personas que se reúnen en su nombre. Los cristianos han tenido que romper la clausura nacional (legal) de Israel, recibiendo en su nuevo grupo mesiánico a personas de todos los pueblos. Han abandonado la exigencia de la circuncisión, han abolido las leyes de tipo alimenticio y los rituales de pureza social (y

familiar, matrimonial) que definían a los judíos. De esa forma se han abierto a los gentiles, rompiendo la diferencia anterior entre judíos y griegos, hombres y mujeres, elegidos y no elegidos (cf Gál 3,28). Pero también ahora, esta nueva experiencia de Dios se vincula a la formación de una comunidad (iglesia) donde se reúnen los creyentes para confesar su fe y expresar el sentido de su mutuo amor. Lógicamente, la confesión teológica (fe en Dios) se encarna o actualiza en una especie de compromiso social: en la creación de un pueblo misionero que quiere llevar a todos los humanos la experiencia creadora de Jesús.

El Dios musulmán es también inseparable del surgimiento de la *'umma*, es decir, de la comunidad universal de los creyentes. Los musulmanes fueron en principio árabes, pero pronto rompieron los límites de la cultura árabe, para expandirse hacia otros pueblos, con voluntad de integración religiosa y social. Ellos pudieron ser universales (en contra de los judíos) porque las prácticas de su religión son muy simples (de manera que condensan las viejas leyes nacionales del judaísmo en cinco pilares o principios básicos: confesión de fe, oración, limosna, ayuno por Ramadán, peregrinación a la Meca). A pesar de esa «simplicidad de exigencias religiosas», el islam ha creado una fortísima conciencia de integración social, de tal manera que puede definirse en clave de experiencia y cultivo de unidad grupal, más que en claves de religiosidad estricta.

- *La misión judía* brota de su monoteísmo testimonial y escatológico: ellos, los judíos, son el único pueblo de Dios; por eso deben mantener su distinción, cultivando su propia identidad, en medio de unos pueblos que se encuentran inmersos en un tipo de paganismo (o semipaganismo), perdidos entre los ídolos del mundo. Sólo al final de los tiempos se unirán todos los hombres en torno al mensaje testimoniado por los judíos.
- *Los cristianos* expresan su monoteísmo en clave de participación comunitaria universal, fundada en la comunicación trinitaria, intradivina; ellos confiesan además que Jesús es el Mesías que ha venido a salvar (reunir y plenificar) a todos los humanos. Por eso, se sienten «misioneros», enviados a mostrar la salvación de Cristo en todas las culturas y naciones de la tierra (cf. Mt 28,16-20), en camino de comunicación y diálogo que asume (respeto) las diversas peculiaridades de los pueblos. Los cristianos no quieren crear una nación especial, ni edificar una cultura distinta. Dejando que cada cultura desarrolle sus propios valores (haciéndose griegos entre griegos, escitas con los escitas, judíos con los judíos...: cf. Rom 1,14; 1Cor 12,13; Col 3,11 etc), ellos pretenden reunir a todos los hombres en una comunidad escatológica de salvación, recogida de entre todos los pueblos y dirigida a ofrecer en el mundo el testimonio de la gracia salvadora de Jesús.
- Finalmente, *los musulmanes*, en convergencia con los cristianos, quieren construir una comunidad universal, en la que se integren todos los humanos. Pero en vez de hacerlo por métodos de misión dialogal (sólo a través de la palabra) ellos han destacado eso que pudiéramos llamar *monoteísmo militante*. En cierto sentido, ellos son partidarios de la «guerra» o, quizá mejor, de la violencia o acción santa: saben que la religión no se puede im-

ner, pero añaden que ella puede expandirse y defenderse por métodos de tipo externo, pues ya el mismo Mahoma se defendió y expandió el Islam por medio de la guerra. Por otra parte, adaptándose a cada cultura, los musulmanes tienden a imponer sobre todos los países donde son mayoría un tipo de *ley única* (*sharia*), de tal forma que al fin parece que religión y vida social se identifican.

13. Compromiso histórico

El testimonio y misión fundamental de los judíos consiste en mantener su identidad en medio de un mundo cambiante y a menudo hostil. No intentan cambiar el mundo, no pretenden transformar a los demás. Hacen algo mucho más humilde y a su juicio más profundo: procuran conservar su propia vocación mesiánica y su distinción como pueblo, para ser así semilla de vida en medio de la tierra. Esta voluntad de permanencia ha dado a los judíos un carácter especial, como pueblo distinto, siempre separado y siempre inmerso entre los pueblos, en gesto de gran lucidez moral e intelectual.

Los cristianos poseen un fuerte potencial misionero que se expresa básicamente en clave religiosa, abriéndose sin embargo hacia un plano social y político. Ellos creen que Jesús ha roto las viejas divisiones de judíos y gentiles, de esclavos y libres, de varones y mujeres (Gál 3, 28) y por eso quieren crear un tipo de nueva comunidad igualitaria para todos. Por eso, no identifican su experiencia religiosa con ninguna cultura o pueblo (aunque hasta ahora ha dominado un cristianismo occidental, latino o griego, germano o anglosajón); lo que vincula a los cristianos (y a todos los hombres) no es un tipo de unidad nacional o social sino el mensaje de fraternidad de Jesús, la comunión eucarística. Esta es para los cristianos la base de toda comunión: les vincula la palabra que todos escuchan, asumen y pueden compartir partiendo de Jesús a quien el mismo Evangelio ha llamado Palabra encarnada (Jn 1); les vincula el pan de la comunión humana que se comparte y celebra como signo mesiánico. Esta fe en la palabra y el pan (bien unidos) convierte a los cristianos en misioneros: ellos quieren ofrecer a todos los hombres y pueblos el anuncio de Jesús, con el deseo de que puedan compartirlo, en gesto de comunicación integral (de amor encarnado).

Los musulmanes están en gran parte marcados por un tipo de militancia social de tipo religioso. Ciertamente, el tesoro más grande de Mahoma y del islam es la palabra de la profecía, tal como se encuentra expresada en el Corán. Pero no podemos olvidar que el mismo Mahoma ha defendido y extendido el islam (religión de sumisión) a través de un tipo de guerra santa conforme a la enseñanza del Corán, los musulmanes pueden imponer la religión aun por la fuerza (en guerra santa) a los infieles, es decir, a los paganos. A los hombres del libro (judíos y cristianos) deben respetarlos, no pueden obligarles a cambiar de religión. Pero el respeto no implica indiferencia ni igualdad social: los musulmanes tienden a crear una sociedad marcada por la militancia religiosa donde sólo ellos controlan y dirigen el poder, de tal manera que los otros (incluidos cristianos y judíos) aparecen como ciudadanos de segundo orden.

14. Dios del Juicio. La moral sagrada

Las religiones místicas o de la interioridad no conocen un verdadero juicio de Dios, pues no hay Dios que emerja sobre el hombre y pueda juzgarle (salvarle o condenarle). Por el contrario, las religiones abrahámicas se vinculan por la confesión del juicio: de un modo o de otro, ellas afirman que Dios (o su representante) vendrá a juzgar a vivos y muertos, dando así sentido al camino y meta de la historia.

- *El judaísmo ha podido interpretar el juicio en clave de justicia*, dentro de la perspectiva de una alianza en la que Dios y el hombre aparecen como seres capaces de dialogar uno con otro. Leído en esta línea, el juicio es la expresión de la moralidad radical del ser humano, es decir, de su capacidad de responder a Dios.
- *Los cristianos tienden a interpretar el juicio en forma salvadora*. En esa perspectiva ha de entenderse Mt 7,1: *no juzguéis y no seréis juzgados...* Dios no ha enviado a su Hijo a juzgar al mundo en el sentido forense (es decir, a dar a cada uno según sus obras, en clave de talión) sino a salvar el mundo. Por eso, cuando el Credo dice que Jesús vendrá a juzgar a vivos y muertos hay que entender el juicio en forma salvadora (conforme al sentido que juzgar tiene a veces en la misma Biblia hebrea): *Vendrá a ofrecer a todos su perdón, en actitud liberadora*.
- *Finalmente, los musulmanes pueden haber entendido el juicio en clave de poderío divino*, en formas de violencia que se expresa en contra de los hombres pervertidos. Dios ha permitido que las cosas sigan como están, ha dejado que los hombres sean pecadores... pero al final se mostrará con toda fuerza, para restablecer el orden, para imponer su sumisión sobre todas las cosas.

15. Dios de salvación. La meta de la historia

Hemos supuesto muchas veces que en Dios hay una especie de *visión simétrica de la realidad y de la historia*, conforme a una lectura poco crítica de textos como Mt 25, 31-46 y de otros muchos pasajes tanto judíos, cristianos y musulmanes como de otros grupos culturales (zoroastrismo, un tipo de platonismo, etc). En el fondo de la historia se abrirían dos posibilidades iguales: un camino lleva por la izquierda a la condena, otro por la derecha a la salvación. Pues bien, las religiones monoteístas resultan en el fondo contrarias a ese esquema simétrico. Dios no se limita a estar en el centro, dejando así que cada uno caiga a un lado u otro. Para Dios no es lo mismo la salvación que condena; los dos caminos no son equivalentes. Las religiones abrahámicas destacan la promesa de bendición universal, dirigida por Dios al gran patriarca: *En tí serán benditas todas las naciones de la tierra* (Gén 12, 1-3). Bendición y maldición no son por tanto iguales. Todo tiende por gracia de Dios hacia la bendición final. Mediadora y testigo de esa bendición universal es la propia perspectiva religiosa.

- *En el fondo del judaísmo hay una fuerte esperanza mesiánica de salvación* que sigue manteniéndose viva a pesar de todas las contradicciones de la

historia. De un modo u otro, los judíos continúan creyendo en una salvación final abierta a todos los pueblos. Esa esperanza les mantiene y hace que su religión, por lo demás, bastante reducida en número, siga siendo una de las grandes religiones universales de la historia humana.

- *Los cristianos afirman que la salvación se ha realizado en Cristo*, de tal forma que la humanidad se encuentra ya en el fondo rescatada y liberada de sus males. Testigos de la liberación fontal de Cristo y de su pascua quieren ser los cristianos, ofreciendo su experiencia a todos los humanos e invitándoles a formar parte de la comunidad eclesial donde esa certeza se vive y atestigua.
- *Los musulmanes son también esperanzados*: creen que la revelación de Dios por Mahoma abre un camino de salvación para todos los humanos, incluso para aquellos que ahora la rechazan. Eso significa que hay un paraíso abierto y prometido para los creyentes actuales y para todos aquellos a los que Dios quiera premiar al fin por su bondad.

De un modo u otro, judaísmo, cristianismo e islam son religiones de salvación. Ciertamente, todas ellas ponen de relieve la responsabilidad del individuo; todas elevan su voz de alerta ante el pecado e injusticia de la tierra, todas afirman que los hombres pueden condenarse. Pero de un modo o de otro cada una de ellas ofrece el testimonio de la salvación final de Dios para todos los humanos, abriendo de esa forma un camino de esperanza en la historia.

16. Conclusión. Identidad mesiánica cristiana

Como venimos diciendo, el cristianismo ha nacido (al lado del judaísmo) como reinterpretación mesiánica, universalista, de las tradiciones israelitas, a la luz de la vida, muerte y pascua de Jesús. Al principio (por lo menos a lo largo del I d. de C.), se ha mantenido vinculado a las comunidades judías del imperio romano, de tal forma que aparece como secta o grupo judío. Pero pronto la novedad universalista de la experiencia cristiana, el mismo despliegue de la figura de Jesús y la oposición de un tipo de judaísmo más nacionalista, llevaron a la emergencia de una comunidad autónoma, estructurada en forma de iglesia (organización no nacional, no estatal, no gubernativa). Estas son sus notas:

El cristianismo asume el pasado abrahámico, pero lo interpreta de forma supranacional, en visión que fue desarrollada especialmente por Pablo (Gál 3-4; Rom 4). Abrahám aparece como padre de todos los creyentes; así desborda las fronteras nacionales y raciales, de política, de sangre, de cultura... Lo que a todos vincula en Abrahám es la fe compartida, el hecho de invocar a un mismo Dios y de aceptarse mutuamente. En plano de fe, fundados en la experiencia de Abrahám, ratificada y cumplida en Jesucristo, todos los humanos se vinculan en la iglesia.

Los cristianos han interpretado el monoteísmo de forma trinitaria: siendo padre de todos los hombres, Dios no se vincula con una raza o pueblo sino que se revela o